

Terra de Negú

Albert Riudeubàs

© Albert Riudeubàs, 2014

Todos los derechos reservados

[www.sb-ebooks.com](http://www.sb-ebooks.com)

ISBN:

Diseño de cubierta: Esther Maré

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

A Cristina, mi esposa,  
y a mis padres, Conchita y Josep.

*"Pues en verdad sabed,  
que los pueblos son hijos míos,  
y que de sus batallas ellos se  
ennoblecen,  
pero cuanto más sangre empapa sus  
tierras,  
menos frutos ellos obtienen."*

Jaime López

## Prólogo

Recrear el pasado, revivir los personajes que aparecen en los documentos, no deja de ser un reto complicado, sobre todo si vamos muy atrás. Es un ejercicio de fantasía y de sueño que exige, sin embargo, mucha erudición y un gran conocimiento de la historia y de la época para ser fieles al máximo en la recreación de la ficción emprendida.

El autor del libro que tiene en sus manos, ha asumido este reto, quizá espoleado por la ilusión de hacer revivir las viejas piedras de los castillos y torres de las tierras de sus antepasados, las de la sub-comarca del Medio Segre, donde se encuentra Artesa. De hecho, el título ya lo condiciona a este paisaje surcado por el río Segre, en el siglo XI zona de frontera, sometido a las profundas nieblas invernales y a las riadas de primavera y sobre todo de otoño.

Como en otras ficciones que quieren recrear el pasado histórico, la historia que presentamos se explica a partir de un documento, en este caso registrado por el padre Jaime Caresmar, abad de Bellpuig de les Avellanes 1768, al que se encomendó la tarea de la catalogación del fondo de los pergaminos del antiguo Archivo Capitular de la Colegiata de San Pedro de Àger, por parte del arcipreste Francisco Esteva, que atesoraba el pasado histórico de esta región. El documento, del 1037, es un acta de donación de ciertos alodios al término del castillo de Àger, otorgados por Arnau Mir de Tost y su esposa Arsenda, al matrimonio Ollemer y Chenó. Arnau Mir de Tost, gran artífice de la conquista cristiana del Valle de Àger, era entonces el señor del castillo de Àger.

Se escogen estos personajes históricos para construir la ficción, muy cercana a la realidad histórica, para situarlos dentro del grupo de repobladores que se trasladaron a las zonas de frontera desde el Pirineo superpoblado en aquellos años de consolidación de la frontera cristiana. En este caso, desde la Cerdaña. No se trata de un cronicón exhumado por Caresmar contando la historia y las vicisitudes de los dos protagonistas, como a menudo sucede, sino de una especie de narración que viene del contexto histórico y trata de hacer revivir algunos de los personajes históricos como los propios protagonistas, junto con otros de ficción, necesarios para enriquecer la historia que nos narra.

La historia se cuenta de una forma dinámica y ágil, creando el clímax idóneo para la acción que se va desarrollando. Quizás no es plenamente fiel al contexto que recrea y al rigor histórico que algunos le exigirían, pero aún así no hay duda de que consigue atraer al lector y sumergirlo en el contexto de la narración.

Si hubiéramos de encuadrarla, lo que nos evoca es la novela romántica y más concretamente la gótica, ahora de actualidad. Intencionadamente el autor nos va introduciendo en un mundo de ficción muy medieval que nos retrotrae a los filmes de los años dorados de Hollywood, donde tiene cabida el amor intenso y las pasiones más punzantes. Dejamos aquí nuestro comentario para que sea el lector quien juzgue los resultados, mientras disfruta de la recreación que se hace de Artesa y su entorno medieval, con sus castillos y fuerzas y el caudal frondoso del río Segre cruzando la huerta.

Dr. Francesc Fité.

Profesor titular de Historia del Arte Antiguo y Medieval de la Universidad de Lérida.

## Introducción: Caminos para descubrir Terra de Negú

Jaume Caresmar i Alemany (1717-1791), abad del monasterio de Santa Maria de Bellpuig de les Avellanes, destacó en el ámbito de la investigación historiográfica por contribuir a la introducción de una nueva metodología para el estudio la historia, fundamentada en informaciones verídicas y contrastables. Es decir, justificar sus estudios a partir de los testimonios legados por la propia historia hasta nuestros días. Y para realizarlo se valió de disciplinas como la paleografía, la archivística, la epigrafía, la numismática, etc., las que le permitieron analizar, interpretar y contrastar estos testimonios.

El objetivo de Caresmar era descubrir y conocer el pasado utilizando procedimientos científicos y a la vez difundirlo y darlo a conocer a la sociedad. Hoy en día es considerado como uno de los introductores de la historiografía moderna en Cataluña. Por desgracia los medios de difusión del saber eran muy limitados en el siglo XVIII y muchos de los trabajos del canónigo de las Avellanes quedaron en el olvido.

Desconocemos si Caresmar pensó alguna vez en la posibilidad de que toda esta historia tenía un gran potencial para convertirse en novela. El movimiento del romanticismo fue posterior a él y, probablemente para un ilustrado, la literatura no era un medio suficientemente serio para difundirla.

Hoy en día, superado ya el primer decenio del siglo XXI, la novela histórica se ha convertido en un auténtico medio para aproximar la historia a la sociedad. Bien seguro que la literatura da una libertad que los análisis historiográficos no pueden permitirse. Libertad que no significa la traición de la veracidad histórica, sino que es la posibilidad de utilizar la imaginación para recrear situaciones más o menos ficticias en el marco de escenarios históricos reales. Situar un personaje en un contexto histórico concreto, da la posibilidad al lector de identificarse más personalmente con el relato y, por tanto, con la historia. Como decía Pierre Vilar, "la evocación literaria ha respondido también, al margen de toda regla científica, a la necesidad instintiva de conocimiento del pasado". No convertimos pues la ciencia en literatura, sino que utilizamos la literatura como medio para acceder al conocimiento del pasado.

En la historia, mientras el tiempo se va los espacios permanecen. Hoy son los escenarios de nuestro pasado y en muchos casos continúan preservando las huellas legadas por nuestros antecesores. El mismo autor de *Terra de Negú* parte de esta curiosidad personal. "Vienen a mi mente las solitarias visitas realizadas a los desvencijados castillos destinados, lamentablemente, a ser ruinas irreparables". Y sigue: "dejaba vagar la imaginación preguntándome por los moradores de aquellos inhóspitos lugares en el siglo XI, época que despierta mi especial predilección".

En *Terra de Negú* encontraréis las vivencias de unos personajes ubicados en la Cataluña del siglo XI, en escenarios que después de diez siglos podréis descubrir y conocer. Estoy seguro que mientras leáis la novela sentiréis la necesidad de ir a descubrir estos pueblos, castillos y paisajes que en buena parte aún conservan el encanto y misterio medieval.

Como hizo Jaume Caresmar hacía el año 1750 entrando en el archivo del monasterio y descubriendo antiguos pergaminos que lo sumergieron en el pasado. Vosotros con *Terra de Negú* viajaréis al pasado. Un pasado lejano en el tiempo, pero muy próximo en el escenario. Conoceréis caballeros, condes, batallas... el valor de los cuales es que sucedieron aquí, y que forman parte de nuestra propia historia.

Robert Porta i Roigé.

Archivero del Monasterio de Santa Maria de Bellpuig de les Avellanes.



## Nota del autor

*Terra de Negú* recoge diferentes aspectos de mi juventud, del interés por los hechos acontecidos en las tierras leridanas de mis antepasados, concretamente en Artesa de Segre, donde han transcurrido largas y plácidas etapas de mi vida. Vienen a mi mente las solitarias visitas realizadas a los desvencijados castillos destinados, lamentablemente, a ser ruinas irreparables.

Por las mañanas me extraviaba entre las nieblas permanentes circundando las misteriosas fortalezas. Con la pipa entre mis labios, mi perro Lotus y la música de Wagner en mis oídos, dejaba vagar la imaginación preguntándome por los moradores de aquellos inhóspitos lugares del siglo XI, época de mi especial predilección.

Después de caer en mis manos *Los pilares de la Tierra*, de Ken Follet; se me cruzó seductoramente la idea de escribir un libro recuperando episodios de aquellos tiempos. Los primeros esbozos fechan de antes del 2002. Con el tiempo, mi presencia en el taller de escritura *Tánit* de San Andrés de la Barca, me animó a continuar la narración. Los últimos dos años, he estado trabajando religiosamente a diario en esta dirección, atendiendo a los consejos de mi profesora, Rosa de Santiago. Asimismo contacté con el historiador Dr. Francisco Fité, erudito de los temas concernientes a la historia acontecida en su geografía, quien me asesoró para documentar mi libro. A él le debo haber leído buena parte de la información existente sobre este siglo.

Un personaje que apareció en estas épocas y rápidamente me apasionó fue Arnau Mir de Tost, héroe de la reconquista de las tierras catalanas. Me sorprendió constatar como tan noble caballero no hubiera recibido más reconocimiento.

La lectura de la bibliografía comentada ha sido un hecho muy apasionante, al que dediqué un gran número de horas en la Biblioteca Nacional de Catalunya. Allí obtuve la documentación precisa para ilustrar las lejanas épocas del siglo XI. El hecho de leer recopilaciones realizadas por diferentes historiadores como Jaime Caresmar, el padre Villanueva, el padre Sanahuja, Josep Lladonosa, Josep M. Salrach, Eulalia Duran, Eduardo Corredera —entre otros— y el mismo Francisco Fité; me han mostrado la loable y monumental tarea realizada al respecto, a partir de escrituras en condiciones,

muchas veces, deplorables. Estos valiosos trabajos de investigación me permitieron reflotar mucha de la información de nuestra apasionante historia.

No pretendo presentar un tratado académico, sino entretener al lector aventurero, que agujoneado por la curiosidad, ose traspasar los manuscritos en un marco de acción fijado diez siglos atrás.

En estas páginas se recoge también mi cariño prodigado hacia las ancianas construcciones que día a día va desmoronándose y desapareciendo un poco. Pero la esperanza se muestra latente para verlas reconstruidas y poder conservar aquellas estaciones de nuestra historia que nos han permitido llegar hasta el día de hoy.

Que castillos en perfecto estado como el de Montsonís o el de Llordá, en proceso de restauración, sean un ejemplo para despertar iniciativas conservadoras en esta línea.

Damas y caballeros, sin más preámbulos, mis mejores deseos para descorchar y escanciar el placer de la lectura de esta obra que deseo sea de su agrado.

Sean ustedes bienvenidos,

Albert Riudeubàs (Febrero de 2013)

Advertencia del autor: Las frases entrecomilladas y en cursiva son fragmentos de documentos reales de la época.

## PRIMERA PARTE

## Manuscrito 1: El archivero Jaime Caresmar

*Otoño de 1768*

Un sendero serpenteante se abre paso entre las escurridizas sombras dibujadas por las encinas y los robles. El aroma del verano queda ya lejano, y los párpados de la vida van cerrándose con las hojas atolondradas y juguetonas que se desploman ya marchitas. Los verdes petulantes dejan paso a los ocreos y a los pardos, bajo los ya tenues rayos de Sol y las primeras nieblas del acechante invierno.

Unas pisadas en el camino difuminado por la creciente hojarasca crepitan bajo el peso de unas sandalias embarradas. Un monje conduce de arreata las acémilas cargadas con "los documentos". Deja atrás la villa leridana de Áger y se dirige al monasterio de Bellpuig de las Avellanas.

Dos años antes, una mañana de 1766, el arcipreste de Áger, Francisco Esteve, visitó la biblioteca de su colegiata.

—Decidme Bartomeu —preguntó—, ¿qué hay detrás de la última puerta?

—El antiguo archivo —respondió el monje bibliotecario.

—¿Y en su interior?

—Los viejos pergaminos —dijo ladeando la boca y sin darle importancia.

—Abrid la puerta, os lo ruego —ordenó el arcipreste.

El acceso fue franqueado y le permitió observar la gran cantidad de manuscritos allí depositados. Éstos descansaron durante largas centurias en los estantes de la colegiata de Áger. Los monjes no pudieron descifrar los secretos escritos en lengua antigua. Esteve, asombrado por el descubrimiento, se fijó la misión de no permitir que el tiempo borrara su inestimable contenido histórico.

—Bartomeu —solicitó—. ¿Quién podría interpretar y ordenar tan valioso legado?

—Sin duda el más docto especialista en escritura medieval es el abad de Bellpuig de las Avellanas, el padre Jaime Caresmar —afirmó el bibliotecario—.

Aquella misma tarde el arcipreste de San Pedro de Áger escribió una carta rogando al abad su colaboración para realizar un estudio detallado de los documentos. Días después, al recibir su asentimiento, solicitó a la Real Cámara la autorización definitiva.

La respuesta no se hizo esperar:

*"En vista de lo presentado por V.S. con fecha de 31 de agosto próximo pasado, acompañando la carta del P.D. Fr. Jaime Caresmar, abad de Bellpuig, de 24 del mismo mes, sobre la formación de una razón por extenso, o un índice por lo menos del contenido de los instrumentos, papeles y documentos antiguos del archivo de esa iglesia colegial: Ha acordado la Cámara se responda a V.S. (como lo executo) que en el cumpliendo su trienio de abadiato, el expresado P.D. Fr. Caresmar, podrá encargarse de ese trabajo de formar dicha razón o índice, siendo de su propia voluntad, y que si en el interín pudiese cómodamente adelantar algo en ello, lo execute.*

*Dios guarde a V.S. muchos años.*

*Madrid a 14 de septiembre de 1768.*

*Nicolás Manzano y Marañón.*

*A: Muy ilustre Señor Arcipreste de Áger"*

El arcipreste al recibir la respuesta de la Real Cámara la reenvió a su vez al abad de Bellpuig.

Éste, leída la misiva, le recordó, en el pasado, su visita obligada al monasterio de Áger para solucionar un conflicto acerca del suministro de agua. Sin más dilación el abad de Bellpuig respondió a la propuesta del arcipreste:

*"Muy Sr. mío: Recibo la de V.S. de 6 del corriente mes, con inserción de la de la Real Cámara, de 14 del próximo pasado por la que se sirve acordar en vista de lo representado por V.S. que en concluyendo yo mi abadiato, siendo de mi propia*

*voluntad, podré encargarme del trabajo de la formación de una razón por extenso, o de un índice por lo menos del contenido de los instrumentos, papeles y documentos antiguos del archivo de su iglesia colegial de Áger, y que en lo que pueda cómodamente en el interín adelantar lo execute. Y siendo mis deseos y obligación cumplir con exactitud y puntualidad lo que la Real Cámara se digna confiarme no perderé ocasión que me deje libre encargo, de dar mano a la obra, y totalmente me dedicaré a ella una vez quede desprendido de los cuidados de prelado, mientras el que me suceda no me distraiga en la expedición de negocios graves que suelen acontecer, como han acostumbrado los superiores que me han precedido; pues con aquellas ocupaciones y con la ordinaria continua asistencia de coro y funciones de iglesia, de que loablemente nadie queda exento en esta casa, ni aun en la última vejez, en cuanto sea compatible con las fuerzas de la naturaleza; restaría, por cierto, poco o ningún tiempo para despachar en breve, como deseo, y con claridad un compendio de tan dilatado archivo, de tan antiguos y oscuros documentos, o escabrosas datas, pues sólo esto último ya pide por sí un atentísimo estudio para discutir, o para concordar sus diversas y a veces contrarias notas cronológicas, o para reducirlas a nuestra era vulgar. Sobre lo cual la Real Cámara providenciará, lo que le parecerá justo y de su mayor satisfacción. Es cuanto debo exponer a V.S. quedando a su disposición y suplicando a Nuestro Señor guarde la persona de V.S. los dilatados años que deseo.*

*Avellanas y octubre 7 de 1768.*

*Muy ilustre Sr. B. L. M. De V. S. su más aficionado servidor y capellán Jaime Caresmar, Abad de Bellpuig.*

*A: Muy ilustre Señor Arcipreste de Áger"*

Pasado un tiempo, el archivero de Bellpuig de las Avellanas visitó la colegiata de Áger.

—Buenos días, hermano —saludó el visitante—. Soy Jaime Caresmar. Vengo a ver al padre Esteve por encargo de la Real Cámara.

—Adelante, querido abad, el arcipreste os espera —contestó el cancerbero permitiéndole el acceso.

La llegada del experto fue calurosamente recibida por Esteve, quien se levantó, con gran entusiasmo, abandonando de inmediato sus tareas.

—¡Hermano Caresmar! —exclamó, acercándose con paso presto—. Vuestra presencia es gratamente recibida. Estamos ansiosos por mostraros los documentos.

El Arcipreste hizo acompañar al bellipodiense.

Caresmar entró en las dependencias del imponente edificio, muestra de las evidentes glorias anteriores por la riqueza y la magnificencia con que el conjunto arquitectónico premiaba al visitante cultivado. Las ciclópeas piedras de cuna romana reflejaban su resaltado origen. Las sempiternas columnas y las arcadas, de una divinal solidez, le sobrecogieron en su más profundo interior. Siguiendo los pasos de su guía le condujeron a través del claustro hasta la entrada del Scriptorium. Los tinteros y las plumas asomaban inquisidores por encima de las filas de mesas de castaño. Al final del pasillo el fraile abrió la puerta. El chirrido de la misma fue el preludio de su acceso a la siguiente cámara.

—Debo encender el candelabro —dijo Bartomeu—. El interior es oscuro como el fondo de un pozo.

El archivero prendió las velas y, una a una, fueron reflejando el extraordinario contenido. Caresmar quedó consternado ante la gran cantidad de pergaminos allí olvidados. Cientos y cientos de documentos apilados a ambos lados del habitáculo le dieron idea del trabajo ingente que se le avecinaba.

—Dios mío —exclamó asombrado.

Tomó uno al azar y lo extendió en la mesa anexa. Se trataba de un título de cesión de propiedades a la iglesia de San Pedro de Áger, datado en el siglo once. El compromiso de realizar este proyecto le estremeció agradablemente. El erudito fue saeteado por el reto de la dificultad. El objetivo bien valía el esfuerzo requerido. Los abajo firmantes eran caballeros y prelados desaparecidos en la tiniebla de los tiempos. Leyó los diversos nombres; uno le llamó especialmente la atención por su peculiar caligrafía: Arnau Mir de Tost. Le hizo reflexionar la incógnita de quién habría sido ese prohombre.

—Os dejo con los pergaminos, querido abad —se excusó el bibliotecario—. Debo atender otras tareas. Podéis permanecer cuanto tiempo gustéis.

Ahí, en la soledad de aquella celda, fue tomando y hojeando de forma indistinta las escrituras. Después de horas dejó atrás el alijo de conocimiento que ahí descansaba, y se dirigió al arcipreste del monasterio. Le instó para organizar él mismo el transporte de dicho material a Bellpuig para su ulterior estudio.

Ahora, dos años más tarde, los animales cargados por el peso de tantos años de historia, se aproximaban a paso firme por los caminos humedecidos hacia el amplio habitáculo preparado por Caresmar con el fin de alojar los preciados documentos.

Pasaron horas, días, meses y el prelado, haciendo honor a la difícil tarea encomendada, permanecía en la celda del monasterio desvelando los secretos de los polvorientos y enmohecidos pergaminos. El encargo en un inicio fue un índice y luego pasó a disponer de copias y amplios resúmenes. El trabajo de Caresmar se prolongaba y le fueron precisas muchas hojas para plasmar toda la información que, de forma desordenada, iba llegando a sus manos.

Muchos meses más tarde finalizó el monumental trabajo. Lo envió a la Real Cámara a través del Arcipreste de Áger. A las pocas semanas llegó la respuesta de Madrid:

*"He hecho presente en la Cámara el índice cronológico de papeles y documentos antiguos conservados en el archivo de esa Colegiata, que ha trabajado el P.D. Fr. Jaime Caresmar y que V.S. me remite con carta de 28 de agosto próximo pasado, y la Cámara queda muy satisfecha del celo con que V.S. y el P. Caresmar se han dedicado a la perfección de esta importante obra, ha acordado se avise a V.S., como lo hago, el recibo de ella. Dios guarde a V.S. muchos años.*

*Madrid a 7 de septiembre de 1770.*

*El marqués de Los Llamos.*

*A: Muy ilustre Señor Arcipreste de Áger"*



Los documentos desvelaron al ilustrado religioso un sinfín de detalles fielmente plasmados a lo largo de su pormenorizado informe. Pero, entre líneas, los pergaminos le transmitieron un contenido humano difícil de imaginar. Por carecer de naturaleza científica no lo reflejó en el informe enviado a la Real Cámara.

Nunca nadie mejor que el padre Caresmar ha comprendido la rudeza de aquellas épocas, las atrocidades cometidas por los seguidores del Islam y por los defensores de la fe cristiana. Las largas horas de permanencia con las arcanas escrituras, condujeron al canónigo premostratense del monasterio de las Avellanas a entender la vehemencia concurrente en aquellos años.

En las páginas siguientes se desvelarán algunos de los secretos de estos manuscritos olvidados, de los que jamás nadie ha oído hablar. El silencio de los corredores de la colegiata de Áger y el hermetismo de sus muros conservaron con asombrosa frescura el contenido.

Estos hechos emergen de un pasado lejano, muy lejano, y retan al lector valiente a internarse en el peligroso siglo XI. En su inminente éxodo, deberá emplear todos sus esfuerzos para conservar la vida y no caer, tal como acontecía en la corta existencia de los contemporáneos de Arnau Mir de Tost, bajo el certero impacto de un venablo, ni bajo el afilado corte de una cimitarra, ni bajo la cámara de tortura de una fortaleza cristiana.

¡Proveeos pues las cotas de malla,  
ajustaos los yelmos y levantad el escudo,  
ya que desde ahora  
entráis en un mundo sin cuartel!

Ahora ya estáis dentro...

... ya podéis oír el ruido...

... los caballos de guerra...

... el clamor de la batalla...

¡Ya no es posible volver!

¡Que San Jorge os proteja!

¡Mantened el brazo recio empuñando vuestro acero!